



CENTRO ATLÁNTICO DE ARTE MODERNO

CABILDO DE GRAN CANARIA

‘CONVERSACIONES DESDE MI ESTUDIO’

GREGORIO GONZÁLEZ Y ALEXIS RAVELO

La conversación tiene lugar un lunes de mediados de mayo, a media tarde, cuando la gente se despereza de la siesta, hace café, piensa en qué hará para cenar esa noche. Gregorio González habla desde su casa de Teror, desde el despacho que ocupa un extremo del antiguo establo reconvertido en taller, donde domina la claridad (en las paredes, en las estanterías, en la pantalla del Mac situado sobre una impresora) y presenta el caótico orden característico de los artistas plásticos que prefieren trabajar a hablar. En ese ambiente cabe una estupenda colección de instrumentos de cuerda que incluye una Ibanez de caja y un contrabajo. Alexis Ravelo se conecta desde el estudio que ocupa en casa de su pareja en pleno barranco de Guinguada, no lejos de La Calzada. Aquí el desorden no es solo aparente: estanterías con libros que se resisten a permanecer en su lugar, cuadernos abiertos aquí y allá, paneles de corcho con notas referidas a proyectos aún no nacidos o muertos antes de hacerlo, una pizarra. También hay una guitarra, pero es solo una Alhambra solitaria que no se toca hace tiempo, el mismo que hace que no se organizan asaderos en la casa.

Ambos tomamos café, escuchamos los ladridos de nuestras perras en el patio de cada uno y experimentamos los mismos cabreos cuando la conexión nos hace la puñeta ralentizándose, retroalimentando nuestras voces metálicas, congelando nuestros rostros en los momentos de expresión más ridícula.

Hemos acordado grabar la conversación y transcribirla luego para librarla de circunloquios, anacolutos y muletillas. El papel (o el sitio web) aguanta lo que le echen, suele decirse, pero como somos viejos amigos y nos conocemos, como hablamos de vez en cuando por teléfono y sabemos que podemos estar charlando varias horas seguidas de lo humano y lo divino, y teniendo en cuenta que este intercambio habrá de ser transcrito y será leído por otras personas, nos prometemos mutuamente contención, orden, no convertirlo en una charla de barra de bar. Pero tampoco deseamos caer en el corsé, en la impostura, en la artificialidad exhibicionista de quien se sabe



observado. Por eso nos proponemos también libertad de temas a partir de un comienzo. Y el comienzo es lo cotidiano.

Alexis Ravelo: ¿El confinamiento ha cambiado en algo tu cotidianidad, tu manera de vivir y trabajar?

Gregorio González: En principio, en el día a día, casi nada. No he notado grandes diferencias. La única diferencia es la causa, el origen del confinamiento, porque, si no es por esa coyuntura internacional, en términos de trabajo, de labor, no hay ninguna interferencia. Ahora bien, en cuanto a la dimensión del tiempo, a las sensaciones que emanan de la sociedad de la comunicación... La sensación es la de estar en un tiempo bisagra: el carro se está moviendo (no sé para dónde), algo está chirriando, no sé quién se va a majar los dedos aquí, no sé si se los va a majar uno también... Pero estás viendo una situación que, probablemente, en el futuro aparecerá remarcada como un hecho histórico crucial, o un pivote en las conductas de la convivencia. Es que, claro, no solo es lo vírico; aquí vienen latentes otras muchas crisis: aparte de la económica, que es la que siempre subyace, está la ecológica (el planeta se nos rompe), está el problema de la redistribución de la economía, la superpoblación... Está otro tema que a mí siempre me ha preocupado. Voy a puntualizarlo, porque es un asunto que tengo presente desde que estaba en la Facultad. En esa época había compañeros que andaban obsesionados con la originalidad, con ser originales, y yo decía: cada vez va a ser más difícil ser original porque cada día somos más en el planeta, así que las posibilidades matemáticas de que repitas tesis son más probables. Pero ahora se le añade (esto es nuevo, porque hace treinta y cinco años no existía) la sociedad de la hipercomunicación: al manejar las mismas premisas, los mismos registros, los mismos procesos, las posibilidades de que se repitan las alternativas y las soluciones, o de que las propuestas estéticas sean similares es mayor. Otro matiz en el que también influye esta circunstancia de la pandemia es que por un momento el mundo se ha hecho pequeño porque la tenemos en común. Con ese tema, puedes hablar ahora mismo con cualquiera, porque todo el mundo tiene una referencia, una opinión sobre él. Desde un punto de vista sanitario y humano, estamos al día.

AR: Y no solo aquí. En abril hablé por teléfono con una amiga que es librera en Toulouse (con ella siempre hablamos de lo distinta que es la forma de vivir allí y aquí, en Canarias) y llegamos a la conclusión de que, ahora mismo, la vida en Toulouse y la vida en Gran Canaria está marcada por la misma situación.

GG: El tema de conversación es el mismo y parece que la dimensión del planeta se ha reducido con este asunto. O se ha unificado. Decía Fernando Castro Flórez, en una videoconferencia,



que él se imagina ya el tsunami de propuestas culturales, estéticas y analíticas que va a haber a partir de esto.

AR: ¿Sabes que a mí me está dando mucha pereza pensar en eso? Hoy, en redes, con otros escritores y con algún editor, estábamos comentando la avalancha de textos sobre el coronavirus que se nos viene encima. Y serán textos escritos bajo el influjo de la pasión. Horacio Quiroga decía: «No escribas nunca bajo el influjo de la emoción. Déjala morir y evócala luego». Ahora mismo hay una cantidad ingente de escritores escribiendo como locos porque hay un montón de editoriales pidiendo como locas textos sobre la pandemia y el coronavirus. He visto que ya Galaxia Gutenberg (que siempre me ha parecido muy seria) ha publicado un libro acerca de los efectos de esta pandemia sobre las democracias europeas, cuando todavía estamos entrando en la Fase 1 de desconfinamiento. Veo mucha prisa por sacar una cierta lasca editorial al asunto. Pienso que, evidentemente, los escritores y los pensadores siempre son necesarios *a posteriori*, para, por decirlo en un sentido muy general, buscar una forma para el mundo y hallar un lugar para el ser humano en ese mundo, hacerse cierto tipo de preguntas que, por ejemplo, un científico no tiene por qué hacerse desde su disciplina, pero también creo que (al menos en lo que a mí me toca, porque soy escritor de ficción) ahora mismo necesito escribir cosas que no tengan que ver con el coronavirus y va a haber un cierto tipo de lector que va a necesitar leerlas. No sé, estamos hasta las orejas del coronavirus. Yo, al menos, estoy saturado de este asunto y, de hecho, he dedicado estos días de trabajo a una novela ambientada en los ochenta sobre el GRAPO. No quiero oír hablar del coronavirus durante un tiempo. Ahora hablabas de la sensación de estar viviendo un momento bisagra, en sentido histórico y, por otro lado, aludiendo a otra cuestión, comentabas que cada vez somos más en el planeta. Eso me ha recordado que el otro día escuché a una bióloga de la Universidad de La Laguna en una entrevista sobre el beneficio medioambiental de este confinamiento. Entonces ella, antes que incidir sobre esta obviedad (los beneficios medioambientales son evidentes: cincuenta días sin que cojamos el coche ya le vienen bien al planeta), aprovechó para introducir una idea que a mí me resulta muy interesante: al parecer es casi una ley evolutiva que cuando una especie crece de manera descontrolada y además «tiene su cueva sucia» (empleó esa metáfora), la naturaleza crea virus o gérmenes que controlan la población de esa especie, con lo cual las zoonosis serán cada vez más frecuentes si no dejamos de depredar el planeta. Yo creo que el ser humano es un animal maravilloso pero que se cree más de lo que es. Y además, en cada momento de la historia tendemos a pensar que los humanos de ese momento somos el sujeto de la historia. *Momentos históricos* son todos los momentos. En ocasiones no somos



conscientes, pero todos los momentos que vivimos pertenecen a la historia.

GG: No, yo no digo que no sea un momento histórico cualquier momento cotidiano, sino que se rompe una línea de procesos. Un momento histórico fue, para nosotros, el 11 de septiembre de 2001. Estábamos en ese momento en Santander, con Guillermo Gómez-Peña, artista chicano, que nos dijo, desde el primer momento: «Esto es un parteaguas». Y así fue. Si revisas la historia, verás que, en ese sentido, como marcas de puntos de inflexión, las pandemias son recurrentes.

AR: Claro. Y, de hecho, en nuestro mismo periodo histórico, hay una serie de pandemias cíclicas. Pienso, por ejemplo, en la meningitis meningocócica y su efecto sobre ciertos países africanos cada año o cada dos años, con gran mortalidad infantil. ¿Qué ocurre? Que en esta ocasión le ha tocado al mundo industrializado. De alguna manera, es un baño de humildad.

GG: Yo he conocido a toda una generación, que ahora bascula sobre los setenta años, que fueron víctimas de la polio de los años cincuenta...

AR: Efectivamente. Mi madre, que nació en los años treinta, tuvo tuberculosis de niña y le tenía verdadero pavor hasta a la propia palabra. Lo que pasa es que...

GG: ¿Sabes por qué te digo lo del tiempo-bisagra? Lo he pensado muchas veces: cualquier momento que vivamos parece eterno. Cuando nosotros vivimos la *segunda posguerra* (porque quienes nacimos en los sesenta no conocimos la posguerra pero sí vimos el boom del turismo, que comenzó en esa década), estábamos en plena infancia, en esa edad en la que todo es novedoso y la dimensión del tiempo es mágica y absoluta. Pero, por ejemplo, cuando comenzó el despegue económico de la construcción, parecía que aquello iba a ser constante. Luego vino la crisis del petróleo del setenta y tres, después los Pactos de La Moncloa del setenta y ocho, y parecía que la transición política, con su apertura, iba a ser también constante e iba a ser poco menos que infinita (la experiencia que tengo es que hubo más conciencia de libertad y más ganas de vivir en tiempos de Adolfo Suárez que en los de Felipe González, aunque también es verdad que se salía de un profundo agujero), entonces, en los años ochenta, parecía que aquello iba a ser eterno. En los años 2004 o 2005, los pibes dejaban de estudiar para irse a la construcción. ¿Por qué? Porque pensaban que aquello iba a ser continuo y lineal. Sin embargo, las crisis te dan una idea de lo efímero de cualquier contexto. ¿Qué pasa? Que las crisis son más largas para quienes las padecen. Y las padecen siempre los mismos sectores sociales: ese es el problema. Si hubiera ciertos reequilibrios y garantías, podría ser de otra forma. Pero esos reequilibrios no parece que vayan a venir nunca. Por eso te decía lo de la bisagra: por ejemplo, hablando de esas circunstancias de los últimos treinta o cuarenta años, siempre había un eje general, pero, en esta ocasión, hay una ruptura que podría dar lugar a un



cambio de modelo. Ahora mismo, de hecho, es cuando se pueden producir grandes cambios de tipo legislativo, administrativo... Decisiones que, a lo mejor, en un tiempo de ritmo normal, requerirían un proceso largo, en una situación de emergencia, se pueden tomar de manera más sencilla, si la ley lo permite.

AR: Sí, pero ¿estamos hablando de España o estamos hablando del mundo?

GG: Estoy hablando del mundo.

AR: Yo lo veo difícil. Siempre las situaciones de crisis son oportunidades de progreso, pero también de retroceso. De hecho, en 2008, cuando hay esa gran caída en la Bolsa y se derrumba la economía global, ¿qué nos acaban demostrando? Pues que el capitalismo desaforado no funciona. Veníamos del fin de la historia y todas las teorías de Fukuyama y las políticas de desregulación de la Escuela de Chicago, etc. Pero en 2008 la economía nos demuestra que ese modelo no funciona porque tiende a la autodepredación. Dos años después se reúnen las grandes autoridades económicas mundiales y muchos pensábamos que buscarían un *New Deal* que corrigiera el modelo. ¿Cuál fue la respuesta? Más desregulación, más recortes, que los de siempre pagaran como siempre. Esta crisis, en España, ha servido por ejemplo para poner encima de la mesa... perdón, me corrijo: para *quitar* de encima de la mesa el famoso debate entre sanidad pública y sanidad privada. Ese debate ya no existe, salió de encima de la mesa y al que lo vuelva a traer (que siempre habrá alguno) lo podemos llamar idiota con datos en la mano. Para eso nos ha servido esta crisis, para saber que, en una situación como esta, lo público es lo que nos va a salvar; que lo privado no nos salva, por muchos Amancio Ortega que donen lo que les dé la gana. Pero eso es ahora, cuando está tronando Santa Bárbara. ¿Qué va a pasar luego? ¿Va a cambiar el paradigma o va a seguir ocurriendo lo de siempre? En esta ocasión hemos tenido una suerte relativa, porque nos ha ocurrido con un gobierno, sí, bastante frágil, bastante inexperto, pero socialdemócrata y, por lo menos, ha intentado aplicar medidas que protejan a los más débiles. No obstante, eso no está cambiando la mentalidad de quienes manejan los hilos del poder económico, de lo que en otras épocas denominábamos los poderes fácticos.

GG: Mónica Oltra lo explicó muy bien: una cosa es el gobierno y otra cosa es el poder. Ese es el motivo que arrastra al descrédito al sistema democrático: la convicción de que el voto es inútil para modificar unas políticas agotadas y fomenta el viraje hacia posiciones simplistas y marcadamente sesgadas.

AR: Claro.

GG: Un efecto de la crisis de 2008: el regreso de aquella ultraderecha que creíamos que no



volvería. Ahora me planteo: ¿qué puede pasar de aquí en adelante si esa ultraderecha se sigue retroalimentando? Tú sabes que en tiempos de crisis, si revisamos el último siglo, los grandes totalitarismos surgen por crisis económicas.

AR: Es evidente. Date cuenta de cómo están intentando rentabilizar esto. Hay lobistas económicamente muy bien cubiertos en España, periodistas de ultraderecha al servicio de la más rancia caterva de facciosos, y están intentando derrocar a un gobierno legítimo aprovechando esta situación.

GG: ¿Dónde has visto tú en un país europeo, de los de arraigada tradición democrática, que la prensa tome posición en el debate? Ya sabemos que la prensa libre es casi una entelequia, pero los periodistas en este país, en su gran mayoría, están trabajando a sueldo de los grandes emporios económicos, no están trabajando para la ciudadanía, están trabajando para el poder.

AR: Sí, aunque eso tiene que ver con un modelo de empresa periodística que depende de los poderosos. La única manera de que tú puedas tener prensa libre es pagándola, pero nadie quiere pagarla.

GG: Los únicos medios que van de por libre son los digitales...

AR: Y cuatro digitales, porque en cuanto se vio claro que los digitales podían cubrir un determinado espectro de información que le sacara las vergüenzas al poder, que hiciera verificaciones, etc., pues toda la ultraderecha económica se ha liado a financiar digitales. Pero no es cosa nueva. Siempre decimos: «En los últimos años la prensa...». Horace McCoy escribió, creo, en 1934 una novela (*Los sudarios no tienen bolsillos*) en la que un periodista censurado por el poder económico decía algo así como que todo el panorama se había llenado de pequeños Randolph Hearst y Pulitzer, al servicio de los contratantes de publicidad, y el periodismo había dejado de ser lo que debía ser: un oficio que consiste en llamar hijos de puta a los hijos de puta. Quiero decir: que esto no es nuevo ni es de ahora; la prensa siempre ha estado sometida a sus contratantes de publicidad, sometida a una autocensura previa, igual que lo estamos todos los que formamos parte del discurso público. Tú y yo, en esta conversación, estamos diciendo cosas que no vamos a publicar, que no incluiremos en el texto resultante.

GG: Pero no por miedo, sino por evitar ruido. En el debate, la estrategia de la ultraderecha, ¿cuál es? Embarrarte. En estos tiempos en los que en el mundo las políticas reaccionarias prosperan de manera creciente, la ultraderecha española saca a pasear su pedigrí cavernario y vocifera soflamas inquietantes contra la izquierda, a la que parece que quiere aplicar la ley de extranjería.

AR: Y esa estrategia les está funcionando, Gregorio. Esa estrategia de embarrar, de crear



ruido en el canal, les está funcionando, porque muchos de los que podríamos pronunciarlos no lo hacemos para evitarnos problemas y disgustos. Porque el embarre, una vez comienza, es continuo. Yo lo he comprobado personalmente en las redes. Al final, acabas entendiendo que ellos son un equipo de rugby que se te echa encima y tú eres el tipo que lleva las toallas que, además, está solo, porque todo el mundo hace el aclarado y te deja a merced de los energúmenos. Cosa lógica, porque ellos tampoco quieren soportar el ruido.

GG: Además, es un soporte en el que se manejan muy bien. La polarización aparece en tiempos de crisis económica y este hecho implica que desaparecen los matices y se vuelve a la política de la apisonadora y del modelo preestablecido. A la polarización le vienen estupendamente las redes. Entre la ceguera ideológica y la militancia sin juicio.

AR: El debate se empobrece muchísimo, porque, si yo debato contigo, Gregorio, es porque creo que te puedo convencer, que me puedes convencer o que podemos llegar a un acuerdo. Para mí, esa es la esencia del debate. Pensando de buena fe, se supone que dos personas, al debatir, buscan alcanzar la verdad. En ese sentido yo soy muy socrático, o muy habermasiano, si lo prefieres: mediante el diálogo, podemos profundizar en el conocimiento para llegar a la verdad. Pero si las condiciones del diálogo se dinamitan, el diálogo es inútil. Esto me lleva a algo que hemos hablado alguna vez y que es una opinión antipática y hasta políticamente incorrecta: la democratización de la cultura no ha supuesto un enriquecimiento del discurso.

GG: He leído hace poco un texto de Klossowski que se remitía a Roland Barthes y a Horkheimer para hablar del vacío (cito de memoria) que queda detrás de la cultura, la frustración de la cultura. ¿Recuerdas la época del boom de los auditorios, las orquestas, los teatros, cuando cada municipio quería los suyos? No puedes inventarte una demanda a partir de un edificio. Y esto tiene que ver con que España se acostó un día franquista y se levantó demócrata. Yo era de los que creían que la cultura podía cambiar un modelo de sociedad o, por lo menos lo mejoraba, lo matizaba o lo enriquecía. Yo creía en eso en los años setenta (también aquella coyuntura de cambio social y político ayudaba a ello), en que la cultura era un eslabón más de ese cambio. Cuando se estabiliza un modelo, la cultura empieza a perder densidad, ya empieza a ser poco más que esa conciencia que nos queda y que vas a recordar, como cuando vas a una manifestación, más que por cambiar las cosas, por calmarte la conciencia. En el caso español, ha habido un empobrecimiento del sistema educativo por intereses de alto *standing*, que en los últimos gobiernos conservadores fue mucho más aberrante, pues aprovecharon la crisis económica: la filosofía, las artes plásticas, la música... Todo lo que no fueran matemáticas y aplicación al mercado laboral, sin más proyección de la



persona, fue erradicado. Es evidente el descrédito del conocimiento, de las ciencias, de la formación humanística y de la actividad docente. A todo eso, añade el bombardeo mediático. ¿Cómo se logra que el alumnado se concentre veinte segundos?

AR: De estas cosas ya hemos hablado alguna vez. La cultura, *grosso modo*, tiene dos partes: un corpus de conocimientos y los productos de los fenómenos creativos que surgen de la dialéctica con ese corpus (o incluso al margen de él) y que, si son exitosos, acaban siendo integrados en ese corpus. El problema es que ese modelo educativo, que, como tú apuntas, culminó un proceso en el que no solo se dedicó a cargarse la filosofía, las plásticas o la música (disciplinas que tanto te proporcionan el acceso al corpus como te dotan de herramientas para dialogar con él desde lo creativo), sino, sobre todo, a orientar el modelo educativo al sector profesional. Ese es el gran error: la educación debe ayudarte a formarte como ser humano, como individuo, como ciudadano. Eso haría que cuando te llega toda esa información, supieses dónde ponerla. En resumidas cuentas, el problema es que nunca en la historia de la humanidad hemos tenido tal cantidad de conocimientos a disposición de tantas personas, y nunca ha sido tan inútil. Cualquier adolescente puede entrar en una biblioteca virtual con su móvil y leer a Horkheimer, a quien tú mencionabas antes; el problema es que no va a saber qué hacer con él. Tienes todos los libros, pero no tienes las estanterías. Eso es un gran problema. El consumidor de productos culturales carece de criterios para ordenar el caudal ingente de productos culturales que tiene a su disposición. El resultado es una sociedad muy infantilizada. Y esa sociedad tan pueril es la que tiene que enfrentarse hoy a problemas de personas adultas. Esta pandemia, y el confinamiento subsiguiente, son un problema de personas adultas y un adulto sabe que, ante esto, es imprescindible la paciencia: debes aislarte en tu casa, no solo para protegerte tú, sino para proteger a los demás. Creo que eso es una prueba de fuego para una sociedad, para comprobar hasta qué punto es madura. Y tampoco estamos tan mal: nuestro gran drama es no conseguir levadura, pero no paramos de quejarnos de lo duro que es estar confinado. Así pues, ¿estamos preparados? En la Edad Media ya ocurrió, se llamaba peste negra...

GG: Y en 1918.

AR: Eso es, la influenza...

GG: Pero en otras épocas, se creía en «los designios del Señor».

AR: Efectivamente, pero se supone que hoy en día creemos en la ciencia, ¿no? Pues es la ciencia quien te dice que te tienes que encerrar. Y estamos, como niños, montando una pataleta tremenda. En EEUU había el otro día unos individuos manifestándose con armas en el palacio de un gobernador, pidiendo una supuesta libertad. El grado de inmadurez de la sociedad industrializada,



en este sentido, me parece tremendamente preocupante. Yo sé que sería bonito que sacáramos una enseñanza, que maduráramos, que la sociedad fuera mejor a partir de ahora, que fuéramos más solidarios, pero estoy viendo rasgos de lo contrario. Me gustaría equivocarme, por una vez (no me gusta, en general, equivocarme, pero esta vez sí que me gustaría). No sé cómo lo ves tú...

GG: Yo traigo instalado de fábrica un chip pesimista que me ayuda en esas ocasiones. En general, tiendo a pensar que los momentos de euforia tienen resaca.

AR: Siempre.

GG: El boom de principios de siglo, lo estamos pagando ahora. Eso de la impaciencia me lleva otra vez al arte. En arte, ¿cuál es el problema hoy en día? ¿O la característica, para no ser tan pesimista? La premura. No hay tiempo ni para asentar la obra ni para digerirla. Y soy de los que piensan que las cosas hay que hacerlas y vivirlas con tiempo. Es complicado desconectarte de las inercias, tienes que tener una seguridad, una estabilidad mínima para hacerlo, pero, así y todo, la sensación de que aquello en lo que estás trabajando durante uno o varios años se va a exponer solo quince días y, de hecho, al cuarto día de exposición ya va a estar obsoleto, es muy frustrante. Solamente analizamos el resplandor. Por eso hago hincapié en el proceso de creación: me interesa que el proceso sea largo e intenso; ya el hecho final, me da igual. Lo que para muchos artistas es el principio de la obra, para mí, como para ti, Alexis, es el final.

AR: A mí eso también me preocupa. Yo escribo rápido, pero lo mínimo que tardo en escribir una novela es entre cinco o seis meses y un año. Hay libros que he tardado muchos años en escribirlos. Ahora mismo, por ejemplo, estoy con un borrador con el que trabajo desde 2014 (y estamos en 2020). Entonces, siempre he tenido muy claro que mi oficio consiste en el ejercicio de una larga paciencia: necesito pensar mucho el libro, trabajar mucho el texto, después dejarlo en la nevera, volver a retomarlo un tiempo después, darle vueltas, hacer varias versiones más... Luego, sin embargo, firmas un contrato editorial por ese libro, en seis meses está publicado, tienes una promoción durante la cual tienes que explicar el libro a todo el mundo (y si fuera fácil explicar lo que quiero decir con un libro, probablemente no lo escribiría) y, mientras tanto, estás hablando con un entrevistador u otro con mucho desapego con respecto al libro, porque lo que tú tienes en la cabeza es el libro que estás escribiendo en ese momento, que no es ese. Durante esa promoción, estableces una relación de amor-odio con el libro publicado. Quizá un año o dos después, puedo volver a reconciliarme con él, pero, justo cuando sale, el libro es un producto. Por eso entiendo esa sensación de desapego que tienes con la obra una vez expuesta. En la exposición, está la obra y está, también, el catálogo, con el precio de la obra. A mí me ocurre lo mismo con el libro ya publicado: está el libro



y están las listas de ventas. Ese momento de la salida al mercado, es el momento en el que el *valor* de la obra depende de su *precio*. Yo sé que mucha gente me valora dependiendo de la cantidad de ejemplares o de ediciones de un determinado libro, pero también sé que mis mejores libros no son necesariamente los más vendidos. Esa escisión entre valor y precio de la obra siempre la hemos tenido, pero el problema es que cada vez se pierde más el valor e importa más el precio.

GG: Lo de hacer pública la obra, hay gente que lo compara con un parto. Para mí, en cambio, siempre deja una sensación de fracaso. Te dices: «Me gustaba más cuando lo soñaba». En cualquier caso, es cierto: puedes cambiar nombres y fechas, pero ese problema siempre ha estado ahí.

AR: En efecto, esa escisión siempre ha estado ahí, pero, últimamente, en esa sociedad de la premura que tú apuntabas, ya casi nadie piensa en el valor, solo en el precio.

GG: Ah, claro. Juan Hidalgo lo decía en un homenaje, en 2008: «Ahora mismo, todo es mercado». Y tenía razón. El mercado impone los tiempos, las pautas, las tesis... Todo.

AR: Y eso es un problema. Hablábamos antes de ese corpus de la cultura, que, en mi opinión, avanza porque surgen movimientos que se marginan de ella que, luego se van incorporando al canon. El problema es que, ahora mismo, para poder ejercer nuestros oficios (y sobrevivir) tenemos que estar insertos en esa mercadotecnia que nos impide una exploración más allá de los márgenes. Entonces, ¿dónde está el posible avance cualitativo de la producción cultural?

GG: Pero volviendo a lo que estábamos hablando: ¿en qué ha afectado esta situación al trabajo que hacemos, al trabajo que hago, al menos yo? Sencillamente, ha introducido un poco más de presión en una situación de trabajo que es constante, en ese aspecto no ha habido un cambio. Yo no estoy trabajando sobre el confinamiento, pero si me concentro, quizá, en determinados elementos, veo un pequeño detalle: yo he estado trabajando durante mucho tiempo con máscaras (la máscara consiste en perfilar una parte central del cuadro y trabajar con ella, dejando espacio en blanco en los márgenes), pero en los últimos tiempos empecé, casi inconscientemente, a llegar a los límites. Como si sintiera la necesidad de no estar acotando porque ya el espacio es común y el umbral del estudio ya no es una entrada o una salida. Por eso te decía: el coronavirus ha hecho que tu casa parezca un poco más abierta, que estamos respirando un mismo conflicto, una misma realidad, una misma angustia.

Para ese momento, en el que hemos vuelto al principio, el mundo se ha desperezado del todo, ya no solo se escucha a nuestras perras sino que, a través de los barrancos, llegan los ecos de los aplausos, de los «Resistiré» que cada día, a las siete de la tarde, la gente hace sonar en sus balcones y ventanas para consolar y consolarse. Nos preguntamos si continuar hablando y



convenimos en que sí, porque el retorno al comienzo de la conversación nos permitirá afinar los puntos de vista, acercarnos más a esa lucidez que sabemos inalcanzable. Así que continuamos hablando, desde el estudio de Teror, desde el escritorio del Guinguada, una hora, quizá hora y media más, haciendo digresiones, volviendo a los mismos temas que, cuando regresamos a ellos, ya no son los mismos, conscientes de que probablemente nada de eso acabe incluyéndose en la transcripción, porque a ninguno se le escapa que a veces los proverbios mienten, que el papel (o el sitio web) no siempre aguanta lo que le echen.

Gregorio González y Alexis Ravelo

Mayo de 2020